

Violencia y Estado

Orden y violencia. Colombia 1930-1953

DANIEL PÉCAUT

Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2012, 632 págs.

LA PRIMERA publicación de *Orden y violencia* tuvo lugar hace casi tres décadas y esta cuarta edición reafirma su incontestable vigencia. De hecho, puede ser considerado un libro clásico sobre Colombia. No me arriesgo a calificarlo como un texto de historia, de ciencia política o de sociología. Me parece que su universalidad, a pesar de ocuparse de aspectos estructurales de la Colombia de los años treinta y cuarenta, puede inspirar a las nuevas generaciones de pensadores sociales, pues atraviesa las etiquetas disciplinares con rigor y osadía. Esa virtud de la universalidad es esclarecedora cuando se exponen, por ejemplo, los mecanismos que perpetúan la violencia como elemento constitutivo de la vida social en Colombia a lo largo de dos siglos, por lo menos. Por esta razón, la lectura le compete también a un público amplio, al menos en este país.

La selección de fuentes –algunas de ellas desaparecieron misteriosamente cuando el autor hizo una revisión para la reedición– es cuidadosa y detallada, además del uso que se hace de una debida distancia crítica respecto a las referencias, el libro examina tanto la época como el contexto de enunciación. Por otro lado, el recorte temporal escogido por Pécaut es clave para entender aspectos centrales de la conformación del Estado y de la nación en Colombia en la medida en que se ocupa del fin de la hegemonía conservadora que venía desde finales del siglo XIX y del inicio de la hegemonía liberal encarnada en la figura de Alfonso López Pumarejo; incluso, abarca los desacuerdos que generó la Revolución en Marcha entre algunos sectores de las élites económicas y políticas. Retrata, de igual manera, los esfuerzos de las altas esferas del Partido Liberal para secularizar las instituciones políticas e implantar el desarrollo basado en principios en pro del comercio internacional, en detrimento de los avances en la transformación del

manejo territorial y del sistema de distribución y uso de la tierra.

El periodo seleccionado permite, asimismo, hacerse a una descripción del ascenso de lo que el autor denomina “fundamentalismo conservador”. Es importante tener en mente, de todas maneras, que en dicho periodo, el lopismo y el laureanismo se configuraron como expresiones de las formas de construir el Estado, lo social y lo político desde la plataforma de los partidos tradicionales aunque, paralelamente, las movilizaciones sindicales fueran en aumento, algunas de ellas vinculadas al gaitanismo. Sin embargo, la independencia de los sindicatos decayó, en parte, porque el populismo recurrió a la división partidista, lo cual desembocó en el dilema “¿populismo o violencia?”, en los términos usados por Pécaut. Este dilema fue resuelto en favor de la violencia, configurada desde entonces como una yuxtaposición de violencias irreductibles, alimentadas en aquel momento por el bipartidismo.

Como escritor, Pécaut se permite altos vuelos analíticos, aspecto que renueva, incluso hoy en día, las posibilidades de la obra como un todo, manteniéndola actual para el debate y para el análisis de fenómenos como el paramilitarismo y el narcotráfico, entre otros aspectos. Con el empleo de un lente sociológico macro, el autor profundiza en ideas seminales como la del Estado relegado a la función de constructor de sociedad en las democracias latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX, debido, en gran medida, a la fantasía de la unidad legada por el pensamiento moderno europeo del siglo XIX. También logra demostrar, mediante la descripción de los tránsitos entre vertientes elitistas, fundamentalistas –o de catolicismo reaccionario– y populistas de los modos de hacer política en los albores del siglo XX en Colombia, que la violencia se constituyó en una modalidad concreta de acción del Estado encargada, a su vez, de expresar una concepción social que se buscaba oponer a la de orden. Esto a pesar de que muchos ejercicios democráticos no prescindieran de la violencia, sobre todo cuando estaban fundamentados en adhesiones colectivas y en redes privadas de dominación social. Esta interpretación no se restringe a los decenios estudiados; es,

de hecho, uno de los vectores del conflicto armado colombiano hasta el presente, identificado de manera brillante por Pécaut.

En el texto se analiza, asimismo, de qué manera la sobrepoliticación de algunos actores sociales en un contexto de violencia, legitimada por adscripciones partidistas –en el caso estudiado y que corresponde al periodo conocido como la Violencia–, desestimula la autonomía política y la movilización social. En buena parte, la radicalización de la adscripción a uno de los dos partidos, posterior al final de la hegemonía conservadora con la elección de Enrique Olaya Herrera –viabilizada por la intermediación de Alfonso López Pumarejo–, opacó procesos con notables márgenes de independencia política como las luchas campesinas de los años veinte. Según el autor, los dos partidos fueron el medio de sometimiento de las diversas categorías populares.

A partir de la lectura de *Orden y violencia* se puede concluir que en Colombia se perpetúan conflictos sociales que, al carecer de una expresión política –o al segregarse dicha expresión por diferentes vías–, son vividos como violentos enfrentamientos –“guerras”– que el Estado resuelve a través de la instalación de prácticas en torno a nociones de crisis y de los llamados a la desarticulación. Estas convocatorias para “restaurar el orden” –lema que también fue el de las AUC en épocas más recientes– son llevadas a cabo bajo la tutela de nefastos fundamentos de lo político como la división del mundo entre amigos y enemigos –enunciada por Pécaut, pero resaltada por mí en esta reseña–, a pesar de un anhelo generalizado de unidad que suele plasmarse en el plano discursivo. En el periodo considerado, este fenómeno es dinamizado por el conflicto entre el Estado como ente llamado a asumir cierto intervencionismo social –y a crear lo social, inclusive– y las élites económicas que buscaron imponer una ideología liberal de desarrollo, pero poniendo límites a los márgenes de acción del propio Estado.

La élite cafetera ocupa un lugar central en el argumento, pues es mostrada como el baluarte de una forma de actuación bajo la cual se proclama la existencia de una sociedad civil “que nada le debe al Estado” –parafraseando

al autor–, lo que confirma así que las élites civiles nunca han estado verdaderamente amenazadas desde el nacimiento de la república. En este libro, dígame de paso, las élites tienen rostro o, mejor, son relacionadas con nombres y apellidos, lo que demuestra la sistematicidad de ciertas posturas ideológicas que son nefastas para los sectores menos favorecidos o definitivamente no privilegiados. La ausencia de regulación de los circuitos económicos del país es una constante en el periodo examinado y el empeño de los liberales en instaurar la modernidad por la vía del liberalismo económico y el énfasis en el comercio internacional no iba a proporcionar nunca principios de un orden político estable, como asevera el autor, pues el mercado no puede ser el ente autorregulador. El sindicalismo encapsulado por el populismo tampoco podría hacerlo ya que se refiere a intereses específicos de sectores particulares.

En la época de predominio federalista (1850-1880), la burguesía comercial instrumentalizó gobiernos “sencillos y baratos” en aras de mantener sus libertades políticas y económicas. Se allanó así el terreno para alianzas oportunistas entre élites y Estado –en mis palabras a partir de la detallada e interesante exposición de Pécaut–. Dicho de otra forma: las élites buscaron integrarse al cuerpo del Estado para beneficio propio, de la misma forma que salían y tomaban distancia de él para someterlo a sus exigencias cuando encontraban algún disenso. En parte por este juego, el Estado de la Colombia de la primera mitad del siglo XX es calificado por el autor como débil, es decir, sometido a presiones externas y atrapado por los intereses locales. De allí se desprende otra de las paradojas identificada por el investigador: un Estado erigido como símbolo de la unidad, pero atrapado en la fragmentación.

En el seno de una “república elitista”, cuyo periodo de consolidación es señalado por Pécaut entre 1930 y 1938, los sectores medios del Estado tendieron a tornarse defensores de esas articulaciones que he denominado oportunistas, perpetuando la desolación en el sentido de la ausencia de una conciencia política capaz de permitir el surgimiento y el mantenimiento de redes de solidaridad intersectoriales,

intercontextuales, interclase e interculturales. Esta es mi interpretación a partir de la construcción de Pécaut. Lo cierto es que las articulaciones oportunistas vienen en empaques de continuismo como ocurrió con los militares de las guerras civiles del siglo XIX; tal es el caso del propio Rafael Uribe Uribe, quien luego de la guerra de los Mil Días pasó a integrar la burguesía cafetera. En otros casos, estos generales lograron instalarse como grandes propietarios de tierras. En el Frente Nacional, el oportunismo es evidente en la multiplicación de caciques políticos locales y regionales, respaldados por intermediarios o sectores medios que vieron en “la política” una modalidad de ascenso social. Este fenómeno fue estimulado por las vertientes elitistas y populistas durante la primera mitad del siglo XX y ratificado durante la fase más intensa de la violencia de mediados de ese mismo siglo cuando, de hecho, la violencia se instituyó como una manera de hacer política. Todos estos procesos son detallados de forma extraordinaria en el libro.

En el caso de la Violencia, de manera específica, Pécaut considera que es un proceso inscrito en la prolongación de las guerras civiles del siglo XIX, pero alrededor de los partidos Liberal y Conservador. No obstante, la división partidista fue reformulada en lo regional y local mediante un complejo sistema de diferencias ontológicas basadas en términos étnicos, religiosos y étnico-regionales –categoría de suma importancia usada por el autor–. El legado de dicha reformulación permanece hasta el presente cuando la violencia, según esta interpretación a la que me sumo, es vivida como repetición o interrupción, sin dejar de emerger en la conciencia individual y colectiva en Colombia.

Silvia Monroy Álvarez

Antropóloga, doctora en Antropología Social, Universidade de Brasília (UnB)